

Estudios Sociales  
Vol. XXVIII, No. 102  
Octubre - Diciembre 1995

---

## LOS NUEVOS SUJETOS SOCIALES

Cuando hablamos de innovación en la vida moderna a veces nos referimos únicamente a las novedades tecnológicas. Sin embargo la abundancia y rapidez de los cambios socioculturales compete con la velocidad de la tecnología. Y como parte de esta novedad está la aparición de nuevos sujetos sociales, que nos hablan de un nuevo paradigma societal y de la necesidad de nuevas interpretaciones para entender nuestra historia. Ya no hablamos de los ciudadanos sin incluir las ciudadanas. Ni hablamos de la proclamación de los derechos humanos sin apostillar los derechos de la niñez o los barriales.

El anecdotario de fin de siglo está plagado de casos curiosos que reflejan esta novedad: niños que se "divorcian" de sus padres; mujeres que asumen roles hasta ahora reservados a los hombres; huelgas convocadas desde el territorio y no desde el sindicato; grupos ecológicos que enfrentan naciones.

Pero otros hechos más significativos denotan la importancia de estos nuevos sujetos:

La recién terminada Conferencia de Beijing confirmó el papel protagónico de la mujer en la construcción de la sociedad global del siglo XXI.

La discusión en el país sobre el Código del Menor y los Tribunales de Menores nos ha traído a la conciencia un nuevo sujeto de derechos: la niñez.

Desde la década de los 80 las luchas populares han estado protagonizadas por un nuevo actor social que se define, no en base a su inserción laboral, sino a su territorialidad: los moradores de los barrios.

Ya desde el 68 los jóvenes habían hecho sentir su peso en el entramado social, que hoy tiene nuevas connotaciones posmodernas que desafían nuestras definiciones del idealismo juvenil.

Son algunos de los nuevos sujetos sociales que han hecho su aparición en el escenario mundial.

La modernidad, al afirmar la objetividad del conocimiento científico, enfatizó también la subjetividad de sus portadores: la conciencia racional nos constituyó como sujetos de derechos y deberes sentando las bases de las democracias modernas.

El siglo XIX contribuyó a desarrollar la conciencia de sujetos sociales colectivos definidos por la economía, en su función hegemónica para definir sociedades y desarrollo: las clases sociales.

El siglo XX termina dando un viraje a esta definición: los elementos culturales reclaman su papel desde la vida cotidiana transformada por el impacto de la tecnología. No sólo las relaciones económicas, sino también otros factores como el género, la generación, la cultura, la raza, la territorialidad, o la religión, aparecieron como definidores de la vida humana. Y con ellos se ha ido desarrollando una nueva conciencia de sujeto colectivo, marcado por la identidad plural propia de la modernidad. La conciencia de un nosotros o un nosotras que se define por los intereses comunes que nacen de un mismo proyecto histórico, sitúa estos nuevos sujetos como constructores y constructoras de su futuro.

La sociedad se puebla de nuevas instituciones que pretenden representar los intereses de estos grupos, ganar un espacio de poder e incidir en la realización de sus proyectos particulares, haciendo mucho más compleja la red de relaciones sociales. Surgen así las ONG's (organizaciones no gubernamentales) y las organizaciones de base. Los proyectos economicistas, de corte neoliberal o socialista, tienen que responder a estas nuevas identidades con las que no saben cómo lidiar. Los partidos políticos y los gobiernos deben enfrentar nuevos frentes de demandas que exigen su cuota de poder. La identidad del hombre o la mujer se fragmenta en multitud de identidades que cohabitan en un mismo sujeto. El macroproyecto de la utopía moderna se rompe multitud de pequeños proyectos.

Esta cada vez más compleja construcción social requiere de nuevos mecanismos basados en el diálogo y la concertación. Ya no son posibles las luchas bipartitas del pasado. Cada posición es plural, agrietada por las fisuras y fidelidades de las nuevas identidades. Obreros y empresarios enfrentan la demanda de las mujeres que reclaman modificaciones de las normas culturales, la división social del trabajo, la legislación vigente, las formas de organizar el poder. O se descubren escindidos por la diferencia generacional que une jóvenes de diferentes clases de nuevos estilos de vida que rompen con las tradiciones y los valores del pasado.

Vivimos en una sociedad fragmentada, marcada por la esquizofrenia colectiva de múltiples identidades. Una sociedad abocada al diálogo y la tolerancia, que por momentos se resiste a aceptar la complejidad que la define. Nos sentimos inútilmente tentados de dar marcha atrás a la historia y volver a la homogeneidad desde el autoritarismo. Los nuevos brotes de racismo, xenofobia o fundamentalismo parecen desafiar estos aires nuevos. Pero, aun a pesar nuestro, se nos imponen los nuevos sujetos que invaden nuestro propio ámbito familiar. No podemos echar de la familia, ni ocultar vergonzosamente la hija feminista, la pariente de religión esotérica, el hijo homosexual, el sobrino que rompe las normas de conducta establecidas con su forma de vestir y recortarse los cabellos,... No tenemos más remedio que tolerar y conversar. Llegar a acuerdos fundamentales. Reconocer la diversidad y reconstruir la unidad desde su aceptación.

Las actitudes prepotentes de rechazo o desconocimiento se hacen cada vez más ineficaces.

Y entonces nos invade la tentación del relativismo total. Todo vale, dejemos a cada quien con lo suyo. Basta con el principio de no agresión garantizado por la concertación. Y se nos hace inmanejable la convivencia social sin más valores que el mundo subjetivo de cada individuo. El horizonte se estrecha y desaparece la apertura hacia el otro condenándonos a la última soledad del egoísmo.

Las actitudes individualistas de indiferencia se nos hacen a la larga insoportables.

Sin embargo, hay un extraño encanto en esta nueva aventura del pluralismo. Nos descubre nuevas dimensiones de nuestra propia identidad. Nos enriquecemos y nos libera. Y, sobre todo nos autorevela como sujetos no individuales, sino ligados a identidades colectivas que nos constituyen. Nuestra suerte está echada con la de múltiples grupos que al fragmentarnos nos reúnen con otros sujetos rompiendo nuestros ghettos, nuestros cercos ideológicos.

Pero a veces esta nueva libertad nos aterroriza. Ya no tenemos una única respuesta verdadera. No hay un único código de comportamiento, ni de moral. Sentimos al vértigo de la libertad y buscamos refugiarnos en los fanatismos simplistas que niegan al otro o la otra.

Necesitamos entenderlo/as, descubrirlo/as en nuestra propia identidad, aceptarlo/as y entrar en diálogo, concertar con ellos y ellas la construcción de un futuro que abra espacio a todos y todas.

El proyecto societal dominicano no puede ser obra de un partido, una clase, una etnia, un sexo o una generación. A las puertas de un cambio generacional en la política dominicana tenemos que romper los miedos y atrevemos a descubrir la novedad presente en el otro o la otra.

El modelo de "una nación, una cultura, un Estado" ya no responde a esta nueva realidad. Los nacionalismos saben a trasnochados, como los uniformismos fascistas, ante la adveniente globalización que se construye desde la afirmación de la unidad en la diversidad. El Estado se abre a la descentralización y la participación de la sociedad civil, formada por esta multiplicidad de sujetos sociales.

Pero las instituciones de la sociedad dominicana parecen no captar este nuevo dinamismo. Permanecen cerradas, aisladas, en busca de una hegemonía imposible. La negación al diálogo nos hunde en el caos de leyes que nadie cumple y patrones culturales que nadie vive.

Seguimos concibiendo el poder como excluyente; buscando caudillos para montarles campañas publicitarias; ignorando la presencia de estos nuevos sujetos.

Es en este contexto que Estudios Sociales dedica este número. Es un esfuerzo de reconocerlos, de aceptarlos y de comenzar a dialogar. Supone una nueva forma de construir la historia desde la participación. Requiere de nosotros y nosotras una nueva actitud, pero también nuevos mecanismos que canalicen la acción.

Presentamos varios trabajos que nos introducen al mundo de algunos de estos sujetos:

La mujer, desde un trabajo de Sonia Vázquez a partir de un estudio de la participación política de mujeres de Santiago, que ha sido el tema de su tesis de maestría.

La juventud, con una discusión de Ayacx Mercedes sobre las interpretaciones del universo juvenil actual teniendo en cuenta el entorno social en que se desenvuelve.

Una génesis del movimiento barrial narrada por uno de sus actores, José Ceballos, que interpreta los momentos vividos desde ese espacio de construcción de poder desde abajo.

Y los niños, desde una aproximación de ese nuevo fenómeno, en alarmante crecimiento en nuestro medio, a los niños y niñas de la calle, hecho por alguien vitalmente cercana a ellos y ellas, Gracia Aguilar.

Ya en plena campaña para las elecciones presidenciales del 96, que garantizan un cambio del liderazgo tradicional, en un momento que la sociedad dominicana bulle en propuestas de reformas económicas, constitucionales y municipales, esta reflexión sobre los nuevos sujetos sociales nos puede ayudar a abrirnos a la concertación y la participación y al fortalecimiento de la sociedad civil conformada por esta multiplicidad de sujetos sociales.